

A la luz del día

Café Aérides, 9

A la luz del día

Constantino Cavafis

TRADUCCIÓN, EDICIÓN, PRÓLOGO Y NOTAS
Pedro Bádenas de la Peña



LA DRAGONA
MIGUEL GÓMEZ EDICIONES

Málaga, 2018

La reproducción del manuscrito original de *A la luz del día* de Cavafis para la presente edición ha sido ofrecida gentilmente por el Archivo Cavafis – Fundación Onasis de Atenas.

© Gómez & Navarro Comunicación, s. L., 2018
© Pedro Bádenas de la Peña, de la traducción y el prólogo, 2018
LA DRAGONA. Miguel Gómez Ediciones
Pº Reding 45, 1º4. 29016 Málaga.
TEL./FAX: [34] 952 602 873
info@ladragona.es
www.ladragona.es

ISBN: 978-84-947730-4-4
DEPÓSITO LEGAL: MA 778-2018

Impreso en España
Imprime: Gráficas La Paz

Diseño y maquetación:
DSGN comunicación · www.dsgn.es

A la luz del día es un breve relato de Cavafis desconocido hasta ahora, creo, por el lector en español y que fue rescatado por Renata Lavagnini del archivo del autor —autógrafo F 21— y publicado en Palermo en 1979 («*Eiς τὸ φῶς τῆς ἡμέρας*. Un racconto inedito a cura di Renata Lavagnini», *Quaderni* 8, Università di Palermo, Istituto di Filologia Greca). Se trata de una narración muy sencilla y hábilmente construida. Una charla, en principio intrascendente, entre unos amigos, se va pronto transformando en el relato inquietante, misterioso, de un acontecimiento extraordinario sobre el que los oyentes —o sea tanto los participantes en la velada como el lector mismo— no saben a qué atenerse ni cómo acabará todo. La verosimilitud del marco de los hechos es quizá uno de los efectos mejor logrados: exactitud en los detalles de la descripción, precisión del espacio, tiempo y circunstancias provocan el doble efecto de resaltar, por contraste, el suceso que Cavafis narra, a la vez que persuade al oyente/lector para implicarse en la narración. Los elementos fantásticos se insinúan gradualmente por medio de la inclusión de sutiles frases como «estas palabras nos resultaron extrañas» o «le pedimos que nos explicara su enigmática frase», en medio de un contexto que trasluce aparentemente una absoluta normalidad. El personaje que se le aparece en sueños a Alejandro es «una persona de mediana estatura, de unos cuarenta años»; lo raro del individuo en cuestión solo se sugiere a través de

leves pinceladas: un anillo engastado («en la mano izquierda llevaba una sortija con una gran esmeralda»), o la mirada («una expresión extraña en sus ojos»), pero que de pronto se subsumen en la consideración de que se trataba de «un tipo bastante corriente». Los rasgos misteriosos, sobrehumanos casi, se dejan traslucir fugazmente por la evocación de la gestualidad: «cuando dijo ‘ni siquiera yo’ brilló como un destello de sus ojos y una temible grandeza lo transformó por un segundo. Sin embargo, de pronto, recuperó sus modales humildes». Esta primera aparición del enigmático visitante, como queda circunscrita al mundo de la ensoñación, no deja de ser hasta cierto punto explicable desde un punto de vista racional. En efecto cuando Alejandro, el protagonista, se despierta todo le parece un sueño sin la menor trascendencia prosiguiendo su vida normal. Mas al llegar el segundo sueño se produce un quiebro narrativo importante que se traduce en terror («ahora me desperté aterrorizado»). El nuevo día será ya distinto, el protagonista intenta encontrar explicaciones racionales que lo liberen del miedo nocturno, todas sin embargo irán quedando descartadas y el problema queda en apariencia aparcado mientras la normalidad cotidiana sigue. La vivacidad y realismo del relato sobre la actividad del protagonista en ese segundo día contrastan con la súbita presencia real del vagoroso personaje nocturno que, sentado ante un velador, espera a Alejandro. El fantasma ha traspasado el espacio del ensueño para tomar cuerpo «bajo la luz del día». La tensión alcanza así su punto culminante y el horror se le hace palpable al protagonista porque la presencia del desconocido, aunque real, prueba inequívocamente la existencia de otra realidad desconocida y temible. Este es el núcleo central del relato de Cavafis y que, precisamente, le da título a la pieza, subrayado, para relativa tranquilidad del oyente/lector, por la circunspecta afirmación de un amigo algo pitoniso (G. V.) cuando sostiene que «en la historia de los fantasmas, la aparición de estos espíritus o démones a la luz del día es muy rara». A partir de ahí nuestro protagonista se ve forza-

do a admitir el carácter sobrenatural de su extraña aventura y su reacción alocada por el miedo mediante la huida y el recurso a quienes saben de estas cosas, un experto en magia. Las opiniones quedan divididas: Alejandro está seguro del carácter sobrenatural de su aventura y sus oyentes, dada la hora, no tienen tiempo ya de pronunciarse —ni tampoco de preocuparse— porque pueden perder el tren que los devuelva a la ciudad. El lector en este punto, final del relato, queda en la misma incertidumbre que el narrador y protagonista, viniendo así a suplantar a los interesados oyentes que, por la premura de no perder el tren de la realidad, dejan desconsideradamente plantado a su apesadumbrado amigo.

Cavafis construye aquí una trama muy elemental pero que es perfectamente funcional para su propósito de generar el efecto fantástico, y que no consiste en otra cosa que en destacar la duda —y angustia— que suscita un acontecimiento, en apariencia sobrenatural, en alguien que solo se guía por las leyes de la física.

El cuento *A la luz del día* pudo, probablemente, componerlo Cavafis en el invierno de 1895-96 a juzgar por los elementos biográficos que se entrecruzan con algunos de los temas, como la soledad, los temores nocturnos, el pasado dulcificado por el recuerdo, etc., que por entonces le preocupaban y que están, de una u otra forma, presentes en su obra (p. e. en los poemas *Dulces voces*, *Terror*, *En la mansión del alma*, *Turbación*, *Las ventanas*, *Oda y elegía de las calles*, etcétera). Sin embargo, el género fantástico no parece que se aviniera mucho con Cavafis. ¿Qué pudo impulsarle a escribir este relato? El género se cultivó con fruición en el siglo XIX, Cavafis seguramente leyó a E. T. Hoffmann que se había traducido al francés en los años 1830 y 40; Hoffmann influyó poderosamente en la narrativa fantástica francesa —Th. Gautier, G. De Nerval, P. Merimée, Villiers de l'Isle Adam, Maupassant—. Lo mismo cabe decir del otro gran autor de género fantástico, E. A. Poe, introducido en Francia y universalizado por Baudelaire. Es en este ambiente donde cabe situar las lec-

turas de Cavafis y en el que hay que inscribir su interesante relato que no deja de ser un mero experimento aislado, pero que sí transluce un interés por lo fantástico profundamente motivado, ocasional desde luego y no debido solo al influjo de una moda. Los años transcurridos entre 1891 y 1903 supusieron para Cavafis un período de intensa experimentación en diversas direcciones y en el que se perciben algunas líneas constantes. En 1891, por ejemplo traduce *Correspondences*, el famoso soneto de Baudelaire (con el título de «Correspondencia según Baudelaire»), donde la naturaleza es vista como un bosque de símbolos cuyo sentido hay que descubrir. En otro importante poema de ese mismo año, *Constructores*, Cavafis toca otro de los temas tan gratos al espíritu del XIX, el del «progreso», donde el poeta al final imprime su personal y escéptico relativismo. Desde luego Cavafis conocía perfectamente lo que Baudelaire había escrito sobre Poe. Así pues algunas actitudes del primer Cavafis solo se entienden en conexión con estas ideas y lecturas que determinan, por ejemplo, la postura que Cavafis adoptará frente a la naturaleza en un poema como *Voz del mar* (reelaborado entre 1893-98). Otra de las inquietudes es la del misterio de la existencia, vivida bien como religiosidad (cf. *En la iglesia, En el cementerio*), bien como espacio abierto a lo desconocido, al más allá, tal y como se aborda en un artículo sobre «Shakespeare y la vida» (de septiembre de 1891). La poética y el pensamiento estético de Cavafis dependen mucho de Poe, sobre todo si tenemos en cuenta la teoría cavafiana de la poesía como sugerencia (υποβολή) a la que recurre continuamente en sus escritos hasta 1903. La concepción de la poesía como una calculada alquimia de elementos diversos para sugerir un determinado efecto vincula estrechamente a Cavafis con Poe; un buen ejemplo de ello es el excelente poema *Velas* (1899), analizado por el propio Cavafis años más tarde, tal y como Poe había hecho con su poema *El cuervo*.

Por lo que se refiere a la prosa, Cavafis en una crítica al poema *Lamia* de John Keats, traducido al griego por él en